

1.º

Lunes

1892.—Se publica el primer número de este periódico.

Para los forasteros, S. Bienvenido

EL BAZAR MURCIANO

EN MURCIA: Platería, 66 y 68. CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE

DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

COMO EL MESÍAS

Hablemos de los niños. ¿No son ellos la vida del «Bazar»? ¿No son también ellos lo más hermoso, lo único íntegramente hermoso que la humanidad ostenta? Y ¿no será verdad que en la reversión á la niñez por la virtud retroactiva del dolor y por la simplicidad divina del espíritu esté vinculado nuestro «inmortal seguro»?

Tengo para mí que en todo tiempo y confesión religiosa se miró á los niños como á seres sagrados. La idolatría jamás halló mejores víctimas para ofrendar á sus fingidas divinidades. Nunca el Templo salomónico vióse tan feliz como cuando los niños salmodiaron en su ámbito, ni tan henchido como el día en que el Infante portentoso confundía la presunción de los rabinos israelitas. El Cristianismo, á su vez, los considera como su más preciosa porción y en sus profundas crisis históricas, si la persecución anaga y el horizonte cierra, desata por millones sus lenguas infantiles, se parapeta tras la inocencia de sus almitas y devuelve al cielo la afirmación del Profeta: «ex ore infantium».

Frutos tiernos, apenas germinados del fecundo árbol humano, no bien salieron de sus flores cuando el aire del altura, aire santo del cielo, los oró. Fué primero en los días remotísimos que se refieren á la Prehistoria, la cantidad de las lágrimas que quiso redimirles; lágrimas de madres que se sintieron á un tiempo, por la sangre y por la culpa, fecundas para prestar la vida y para comunicar la muerte. Fué luego, en la Edad milenaria de las esperanzas y los atisbos, el rito sagrado, que circuncidaba los cuerpecitos porque en las almas brotasen con más brío las alas inmortales. Ha sido, en fin, en esta Edad del Amor, comenzada en el Calvario al expirar Jesús, cuando la gracia se apoderó de los niños y se adueñó enteramente de sus almas, hasta tenerlas al través de las carnos virginales, como serafines que Dios aprisionara en cálices cerrados de azucenas.

La inspiración cristiana, discípula de la Fé, de la Historia y de la Tradición, ha visto á los niños, igual exactamente que nosotros, á la delantera de toda fiesta magna, de todo suceso trascendental. Si el Dante, llevado al Paraíso de la mano de la sublime Beatriz, es favorecido con la intuición de las dichosas almas trasfiguradas, en la semejanza de una gigantesca rosa brillante de hojas infinitas, que son los espíritus embriagados en la ambrosía de Dios, allí mismo, en el fondo de la Rosa fúlgida, junto á la más rica emisión del aliento divino y más encendida centella de las pupilas del Eterno, que es la Virgen, allí, digo, encontrará á los niños y podrá reconocerlos en sus rostros y sus voces.

No recorrerá «el hijo del carpintero» las aldeas y los campos de Palestina ó las poéticas riberas del Tiberiades, para convencer á la ingente muchedumbre de su divina condición con los prodigios de su taumaturgia, doce veces estupendas, y con la irradiación de su virtud descendida hasta el halda de su túnica, sin que le circunden dondequiera y le miren y le toquen y le griten los

graciosos rapazuelos. Las manos que han fabricado el mundo y sustentan la universal esfera, no son tampoco mejor halladas que sobre estas cabecitas inocentes donde el pensamiento (quién sabe si el genio) duerme como su sueño embrionario. Y ¿quién, que repare en la nativa curiosidad infantil, no ha imaginado á estos niños, jubilosos ante el portal de Belén y amedrentados en las alturas del Gólgota?

Rien, cantan, gritan, quiebran graciosamente entre sus dientecitos las palabras, ó entro sus palabritas las ideas primeras. Lloran alguna vez, muchas veces, una atrocidad de veces... Pero, ajenos por completo al engolfado misterio de dolor en que toda la vida de los conscientes viene á la postre á perderse, ¿qué duda cabe que el llanto de los niños es un matiz de su poesía, como sus muecas, como sus picardías, como sus juegos, como sus caras, como sus ojos, como sus corazones, fragantes y limpios?

En cambio, la humanidad bien usurariamente se cobra los gemidos infantiles. Inclínala sobre la niñez, en ella descansa de sus cuitas, en ella sus miserias disimula y olvida, en ella fundamenta sus esperanzas. Religión, Estado, Industria, Comercio, Milicia, Ciencias, Artes, Oficios, todos barruntan en el futuro de los niños la gloria de su porvenir. Y esto, mirando á la tierra. Que si á los cielos miran *ictu oculi, ictu cordis*, ¡ah! entonces tienen que bajarse á los niños y nivelarse con ellos y por caridad pedirles que les enseñen sus niñerías, es decir, sus bondades, porque aquel Arbitro de la eternidad, que es nuestro Mesías, el Cristo de Dios, lo declaró bien solemnemente señalando delante de sus Apóstoles hacía los niños: «Si no os hiciérais como estos, no entraréis en el reino»...

Conforme con cuanto dicho vá hállase Ricardo Blázquez. Apelo al testimonio de su hijo menor. Porque al mayor ya impiden llamarle niño sus triunfos académicos. Pero no se crea por esto que no ama á los demás niños. ¿Cómo tal? ¡Cuántas veces le he visto, detrás de su escarpate, exclamar como el Mesías: «Dejad que los niños se acerquen á mí!»

F. Frutos Valiente.
Mayor de Reyes de Teledo.

BLÁZQUEZ

Comerciante genial, honrado, activo, emprendedor, constante, laborioso; al rico ofrece su caudal, rumboso, y al pobre su limosna, compasivo.

Con sus clientes, atento y expresivo, y para todo el mundo, bondadoso, tiene en el mostrador, del que es coloso, un palique agradable y sugestivo.

Jamás en la mentira se recrea; siempre es de la verdad tan fiel amante que muestra, al verle, el pié de que cojea.

¿Quién es, preguntaría, el comerciante como pocos sencillo y campechano? Blázquez, el dueño del Bazar Murciano.

Julio Hernández

A una niña murciana

Un cierto amigo mío, que estuvo en China, me trajo un abanico muy pintoresco, y gracias á su idea tan peregrina, me espanto los mosquitos y me hago fresco.

En una de sus telas, tiene pintados tres ó cuatro chinitos muy juguetones, y dos chinos más grandes, que están sentados, y tres chinas con faldas y pantalones.

Pues bien, de esas tres chinas, la más pequeña es un vivo retrato tuyo, monina, y á esa china mirando, mi mente sueña, porque veo allí tu imagen que me fascina.

Que eres tú la murciana más candorosa que ha nacido en la tierra de los pimientos, y serás con el tiempo, la más hermosa de cuantas princesitas hablan los cuentos.

Eres la más bonita que he conocido; tienes una belleza que no se escapa á la vista del hombre más distraído, porque eres, francamente, guapa, muy guapa.

Y por eso aunque frío hizo en Febrero, tuve yo ese abanico sobre mi mesa, porque hay una chinita á quien yo quiero, y es el mirarla cosa que me interesa.

Si á todos arrebatas con tu presencia, si tu mirada rinde los corazones, si á todos nos hechizas con tu inocencia... ¿qué será cuando inspires fuertes pasiones?

Quiera Dios, murcianita, que feliz seas, que te ofrezca la vida sendas de flores, y que, al venir el chino que tú deseas, canteis un dulce idilio de paz y amores.

Adios, mariposilla de esos jardines que avaloran á Murcia, dándole encanto; no es posible, chiquilla, que te imagines cuánto bien te desea quien te ama tanto.

En el buzón que tiene Bazar Murciano deposito estos versos, y me recreo pensando que á tu blanca, chiquita mano

mande Ricardo Blázquez luego el correo.

Lo que á tu anhelo ofrezca su escaparate mi cariño á comprarlo se compromete. ¡Triste de mí á quien siempre la pena abate; dichosa tú que gozas con un juguete!

Valentín Arronz.

INVITACIÓN

Al saladisimo poeta José Estrañi SANTANDER

Querido amigo: por si usted lo ignora —que lo ignorará seguramente, pues su fama creciendo de hora en hora va de Oriente á Occidente, — decirle he decidido que hay en Murcia un Bazar tan bien surtido que, con envidia de sus similares, está reconocido como rey y señor de los bazares; y si en saber su nombre tiene empeño le diré que, según consta en su cédula, BAZAR MURCIANO le llamó su dueño para que sea murciano hasta la médula. Y el tal dueño Ricardo Blázquez, tiene aspecto tan simpático, que el que por vez primera á Murcia viene si le visita, y la visita es de ene, sin poderlo evitar se queda extático. Pues bien, este señor, á mas de comerciante es escritor, y publica un periódico anualmente que del BAZAR el mismo nombre lleva, donde bombo le dan y le echan flores, — de su buen gusto y de su ingenio en prueba, — la crema de poetas y escritores. «Lo que de crema digo conste que ni por pienso va conmigo). Y Blázquez, que en pedir nunca es tacaño y tiene gran carumen, de usted la firma conseguir ansia para el BAZAR MURCIANO de este año, pues conoce lo rico de su número y sabe de su firma la valía. Y para que con ella contar pueda quiere que yo interceda, suplicándole á usted, puesto de hinojos y con llanto en los ojos, que, accediendo gustoso á su deseo, le mande usted á vuelta de correo algo que por su sal y por su arrullo será de su BAZAR gala y orgullo. Reciba en nombre del BAZAR MURCIANO mil gracias de antemano, que con las de su dueño une y empalma, las que le envía á usted con toda el alma su admirador y amigo,

Carlos Cano.

CONTESTACIÓN

Al ilustre poeta Carlos Cano MURCIA

Me ha puesto usted, don Carlos, en un brete con su encarguito que me compromete; pues los que leen su cortés misiva antes que esta respuesta antifestiva, tomarán precauciones acertadas para no desquiciarse las quijadas á fuerza de reír «ridosamente los chistes de mi «nimen ocur. ente»; y águese usted, amigo Cano, yate ilustre murciano, que dirán cuando vean que en lugar de hacer reír casi lloran! Ese «Bazar Murciano» incomparable y ese Blázquez simpático y amable, dignos son por su fama permanente de que vaya la gente de todo el mundo á Murcia, sin demora, no á ver esa ciudad encantadora, sino á ver al «Bazar» y á sus poetas y á saber á Blázquez dos pesetas. Yo creo, porque usted me lo asegura, don Carlos, con firmeza y galanura, que no hay «Bazar» como éste tan supino ni en todo el mundo ni en Vitigudino; pero usted sabe bien, amigo Cano, que á todos los poetas de secano, de la cabeza cojos, la inspiración nos entra por los ojos, y que para cantar cualquier belleza de Arte, de Industria ó de Naturaleza sin recibir directas impresiones, se necesita ser... un Romanones! Pero usted al Bazar de tal manera ensalza, que es como si yo lo viera y ver me hace tambien del mismo modo que en él no falta nada; que hay de todo. En ese caso, yo le pediría que me enviara, claro que con guía, una chica murciana de esas que hay de belleza soberana; pero quiero ser fiel á la memoria de una andaluz, que se fué á la gloria el mismo día, lo recuerdo bien, que se dio la batalla de Bailén. Con esto pongo fin á los renglones que me ha encargado usted, amigo Cano... Consérvese usted bueno y expresiones al señor Blázquez y al «Bazar Murciano!»

José Estrañi.

MADRID

TARJETA POSTAL

Don Ricardo Blázquez me pide unas líneas para el simpático anuario de que es fundador, propietario y Director. Y allá van.

El señor Blázquez, permítame que se lo digna, ha confundido esta vez las especies, creyendo, sin duda, que por lo poco que se me alcanza de los bazares políticos en general y mayormente de los que tienen sus centros principales en la plaza de las Cortes y en la de los Ministerios, vulgo Congreso y Senado, se me alcanzaría alguna cosa de los otros auténticos bazares, y especialmente del Murciano. Declaro que en esta materia no he pasado de los palotes.

Algo quiero decir lisa y llanamente, omitiendo, por respeto a las aficiones políticas de los lectores, lo mucho y no bueno que se me ocurriría acerca de los *Bazares políticos* y de sus ilustres empresarios: es a saber: El señor Blázquez ha acreditado y puesto á envidiable altura el suyo, precisamente por lo contrario de lo que se ha extendido la mala opinión de los otros: porque el señor Blázquez tiene para el Murciano todas sus solicitudes, todas sus iniciativas, todos sus entusiasmos, toda su incansable actividad y su bien demostrada competencia; porque le ha consagrado, en una palabra, su mente y su corazón sin haber entrado jamás en el sistema de dar gato por liebre, palabras por obras, ni hojas por fruto, según es uso corriente en los Bazares políticos.

Y las consecuencias son las que lógica y necesariamente tenían que ser: el BAZAR MURCIANO, obra de la perseverancia, del trabajo, del convencimiento, de la inteligencia y de la honradez sube como la espuma y logra cada año mayor solidez y prosperidad: los Bazares políticos, aun teniendo sus escaparates en el banco azul y en *La Gaceta*, como no son, salvo excepciones honrosísimas que reconozco y proclamo, sino sociedades explotadoras de la munificencia real y de la condición ovejuna del pueblo, vienen cada día á más notorios descaecimientos y viven, ¡si eso es vivir! bordeando la quiebra fraudulenta.

Miguel Peñafior.

MIS FÁBRICAS

¡No hay fábricas que valgan
lo que las mías!
Son fábricas de amores
y de alegrías;
De todos los talleres
son los mejores,
No los mueve el impulso
de los rencores,
No forjan instrumentos
para venganza,
No son los asesinos
de la esperanza
Que labran maravillas
de gran riqueza
Para ser codiciadas
por la pobreza.
Son gigantes con alma
toda ternura,
Cielopes constructores
de la ventura
Más noble y más honrada
del que, por bueno,
Gusta cual goze propio
del bien ajeno.
Y como todo en ellas
dicha predice,
El mundo las protege,
Dios las bendice:
De ellas brotan sin tregua
las alegrías,
¡No hay fábricas que valgan
lo que las mías!

Ellas abren las puertas
de los ensueños
A los más inocentes,
á los pequeños.
A los tiernos capullos
de los amores,
A la dichosa infancia,
flor de las flores.
Ellas son como templos
de la Fortuna
Que realizan anhelos
desde la cuna;
Son magas bondadosas,
ven ilusiones
Que conmueven y agitan
los corazones,

Y, ante el afán eterno
de la inconsciencia,
Se sienten inclinadas
á la clemencia,
Prestan forma al anhelo
que el sueño irisa
Y á los labios del niño
dan la sonrisa.
¡La sonrisa del niño!
¿Cómo pagarla?...
¡La dicha de un hijuelo!.....
¡Preciada perla!
¡Felices los que amantes
saben gozarla!
¡No hay gloria cual la gloria
de comprenderla!

Por eso mis talleres
son los mejores:
Porque son casabeles
arrulladores.
Porque el amor al niño
los ha fundado.
Porque nunca la pena
los ha nublado,
Porque semejan himno
que á Dios levanta
La humanidad serena,
que en ellos canta
Con los agrios sonidos
de la trompeta,
Con el tosco caballo,
con la esopeta,
Con la linda muñeca
de ojos risueños,
Con la risa de plata
de los pequeños,
La canción que compendia
paz y armonía:
¡La canción seductora
de la alegría!
Y aunque de esos talleres
no soy patrono,
Y aunque de dueño de ellos
siempre blasono,
Es porque me subyuga
su dulce encanto,
Porque sinceramente
los quiero tanto,
Que, al admirar su esfuerzo,
todo poesía,
¡Los adopta por suyos
el alma mía!

Un mundo sin nininitos:
¡qué desventura!
Un niño sin juguetes,
¡cuánta amargura!
¡Que se inventen juguetes,
son ilusiones!
¡Que palpiten talleres
y corazones
Con el aliento noble
de hondo cariño!
¡Cuánto vale el juguete
que alegra al niño!
¡Cuánto valen del niño
las alegrías!
Ellas son arreboles
de amaneceres
Y soles en la sombra
de nuestros días:
¡Por eso no hay talleres
cual mis talleres:
Ni fábricas que valgan
lo que las mías.

M. R. Blanco Belmonte.

¡BUEN PARROQUIANO!

Llegué al Bazar Murciano
y á un dependiente,
que despacha á los hombres
rápidamente
y, en cambio, si van chicas
encantadoras,
le gusta entretenerlas
dos ó tres horas,
echándolas piropos,
que es su manía,
y que es... lo que en su caso
también yo haría:
pues á ese dependiente,
que habla sin tasa,
le dije: —Tengo cuatro
chicas en casa.
—¿Tute?
—¡Tute! y por eso
tú te harás cargo
de que no me es posible
pasar de largo
sin llevar á las nenas,
como es corriente,
algunas chucherías...
—Perfectamente.
¿Muñecas?
—Quiero cuatro;
cuatro polveras;
cuatro aros con esquilas;
cuatro pulseras;

cuatro baiones grandes;
cuatro almohadillas
y cuatro salladores;
cuatro vajillas;
cuatro portamonedas;
cuatro mundillos
de esos de hacer encaje
con los bolillos;
cuatro frascos pequeños,
llenos de esencias...
—Va usted á consumirnos
las existencias.
—Quiero cuatro aeroplanos
chiquirritines,
que surquen los inmensas
aéreos confines.
—De esos lindos juguetes
se ha hecho gran venta.
—¿Y suben?
—Casi tanto
como su cuenta...
—¡Como son cuatro chicas!
—¡Si, no lo olvido!
—Comprendo como padre
que me he excedido,
pero...
—Siga diciendo;
no haga usted caso.
—Ya he pedido bastante;
de aquí no paso.
Ahora quiero... —Usted diga
lo que le halague.
—Pues la cunta... y con ella...
¡quien me la pague!

José Rodao.

¡El negocio! ¡La cojera!

Hay dos cojos en España que por una inverosímil paradoja tienen la mejor «pata» del mundo: Romanones y Ricardo Blázquez.

Convengamos, pues, en que acompañándoles en todo momento la «mala pata» han conseguido subir, por otra paradoja mucho más inverosímil, á donde no subirán otros muchos que no han sufrido deterioro alguno en sus remos.

Es una verdad demostrada por la experiencia que cuando se pierde un sentido, por ejemplo el de la vista, se sutilizan y perfeccionan otros, por ejemplo el tacto; y con estos dos cojos tiene exacta confirmación lo que demuestra la experiencia.

Romanones y Ricardo Blázquez son feos, tienen un físico detestable, semejan dos caricaturas de una raza de guignol; pero á cambio del defecto eche V. en el primero arrobos de sal y picardía trapionista y en el segundo quintales de simpatía extra y gramática parda.

Es la historia de casi todos los grandes hombres: de César se dice que era jorobado; en Demóstenes no guardaba relación la gallardía de su elocuencia con lo arlequinesco y ruin de su figura; y nadie ignora que Napoleón apesar de su genio militar, era un tipo rudimentario á lo Sancho Panza, obeso y patituerto.

Romanones y Ricardo Blázquez, á pesar de su cojera, han «escalado» los primeros puestos, llegando el uno á la presidencia del Consejo y el otro al bazar-cumbre.

De Romanones se dice que cuando habla dá el camelo al lucero del Alba y á Ricardito hay que oirlo con los ojos cerrados, porque mirando su físico no se concibe cómo un cojo entrara en el negocio con tan «buen pie».

¡El negocio! ¡la cojera! Son los dos grandes secretos de estos dos grandes hombres.

Lisardo.

El Madrigal de las muñecas

I
Pálida y rubia, como Ofelia,
esta pequeña Margarita
tiene blancuras de camelia
en su minúscula carita.

Bajo de un cielo ceniciento,
gretchen clorótica y boreal,
llenos están de sentimiento
sus verdes ojos de cristal.

II
Morena es esta achulapada
Carmen, con tipo de chiquilla,
y le rebosa en la mirada
la aguda gracia de Sevilla.

Negro y brillante su cabello;
su tez tostada por el sol;
Gautier halló su cuerpo bello
lo más castizo en lo español.

III

De alba peluca va tocada:
es su mejilla hoja de rosa,
y su figura está arrancada
de una pavana primorosa.

Azules son sus ojos claros;
grácil y fina flor de lís,
Watteau copiála en lienzos raros
de una duquesa de París.

A. Sobejano.

Agosto-1913.

Compradora modelo

Paz Quirós, que es medio loca y algo norteamericana, se ha pasado la existencia recorriendo todo el mapa, pero nunca tuvo acierto con las compras efectuadas en las tiendas de los puntos que corrió desde muchacha, pues compróse dos peinetas en la capital de Francia y á la pobre la engañaron como á un chino se le engaña.

En Sanlúcar compró sidra de Gijón... y estaba mala. Luego se compró dos kilos de merluza en Villacañas y antes de catorce días se pudrió la condenada.

Para estar fresca en Siberia se mercó, no sé en qué casa, un ventilador soberbio (que no la sirvió de nada); y en Utrera, albaricoques de Toledo, y en Hendaya mostachones de los que hacen en Utrera. Allá, en la Habana, también tuvo poco acierto; porque se compró una manta, que es igual que ir á comprarse cacahuets á Dinamarca.

En Pekín, en una tienda se empeñó en pedir horchata con barquillos y la echaron poco menos que á patadas.

Y rodando por el mundo siempre con igual desgracia, vino á dar un día en Murcia con sus huesos y sus canas, pues aquí tenía un primo con deseos de enseñarla el Casino y los muñecos de Salcillo y la fachada de la Catedral y el río que este fértil campo baña.

—¿Dónde está el Bazar de Blázquez?— preguntó en seguida á un guardia.
—En la casa de la esquina.
—¿Allí enfrente?

—Si. —Mil gracias.—

Y la pobre Paz, rendida, sin las más leve esperanza de tener suerte en las tiendas de la capital murciana, entró, al fin, en la de Blázquez; pidió objetos de quincalla y un bolsillo y un portátil para luz y una petaca (pues la tal señora fuma treinta puros por semana), y además pidió petróleo para el pelo y una caja de jabón y otros productos de la Casa Gal; y á cada quisquiosa que pedía, dirigía unas miradas á Ricardo que le hicieron hondas brechas en el alma, resultando de estas compras que por fin quedó la dama tan contenta que ha jurado que en cuanto la haga falta cualquier cosa, aunque esté en Londres ó en Moscow ó en Pensilvania ó en Monforte, corre á Murcia, vá al Bazar, elije, paga, dá tres ósculos á Blázquez, toma el tren y vuelve á casa.

Aprended de esta señora, ¡oh, lectoras estimadas! Id por todos los objetos que queráis á la farmacia de Ricardo... y lamentaos de que no despache tartas, carne, aceite, chocolate, berengenas y patatas!

Juan Pérez Zúñiga.

Elogio de las Muñecas

Divagaciones sentimentales

PARA LULÚ Y LILÍ

Dos vecinitas de la calle de la Platería, una rubita de catorce abriles y una morena con quince bien cumplidos, mujercitas en miniatura, cuyas faldas suspiran ya por besarles el tobillo, me pidieron entre ruborosas y placenteras que escribiera un «Elogio de las muñecas».

Esta petición me parece de perlas, en estos días de feria, en los que el escaparate y los almacenes del *Bazar Murciano* están convertidos en un regio Asilo infantil, donde pululan á cientos y á millares esos angelitos encantadores, rubios y blancos, de blancura inmaculada, rosadas mejillas y delicados labios de púrpura.

Yo, por complacer á estas amiguitas mías—las llamaré Lulú y Lilí, para que no se ruboricen al ser reconocidas—y pagado ya de antemano, con los dones divinos de sus sonrisas, trazo éstas líneas sentimentales y madrigalescas, que á punto fijo no serán tan duraderas como las pirámides de Egipto, pero que tendrán la suerte de ver de cerca tus ojos, Lilí,—azules como dos gotas de Océano ó de cielo—y tus ojos, Lulú,—negros como un viaje entre tinieblas...

Adoro las muñecas hasta el punto de pasarme las horas extasiado, ante las vitrinas de Blázquez. Me enamoran todas por igual: las que tienen los ojos azules, como las princesitas inglesas; las que los tienen negros ó pardos como las moras ó las andaluzas; verdes, de gato negro, como las bretonas; los claros, los dorados, los de color de aceituna, de uvas, de miés...

Todos, en su inocente mirar, evocan en mi imaginación recuerdos poéticos. Los azules me dicen:

Ojos azules tenía
la mujer que me engañó.

Los ojos claros llevan un madrigal enredado en las pestañas:

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados.

Las pupilas verdes nos hacen recordar los lirismos de Becquer:

Porque son, niña, tus ojos,
verdes como el mar, te quejas,

Evocando estas gentilezas poéticas no acabaría nunca... Habiéis de saber, Lulú y Lilí, que si insisto tanto en la belleza de los ojos, es porque en ellos reside todo el encanto de un rostro femenino. Cuando os digan que Mad. Armada Bejart, el hada adorada de Molière, tenía los ojos exageradamente chiquitos, podeis reiros... Molière era tan corto de vista como largo de ingenio. Creedme: si la cara es el espejo del alma, los ojos son el alma de ese espejo...

Y bien, os decía, que me encantan las muñecas porque me parecen diminutos seres de un mundo imaginario. ¡Con qué beatífica quietud esperan que otras muñecas vivas, fijando las miradas codiciosas en sus guedejas de color de oro y en sus boquitas de flor entreabierta, las lleven con ellas, en medio de una explosión de besos, risas y caricias...!

Me gustan también estas diminutas mujercitas, porque desconocen las exigencias de la moda,—algunas cubren sus delicados cuerpos con una camiseta—porque no tienen nervios, porque no leen novelas, porque no posan sus anfidados piés sobre ningún corazón...

Si, amigas mías, las muñecas son un encanto, un verdadero encanto, pero...

Pero, oidme: El cuerpecito de una muñeca, impenetrable y frío no exhala ese vago y poético perfume que se desprende de tus cabellos, Lulú, ni el olor de tus brazos, Lilí, que recuerda aquel leve, muy leve, de las rosas blancas, que no tienen olor...

Los ojos de las muñecas tienen una mirada fija, asustada, petrificada, una mirada de cristal; en tus ojos negros, Lulú, anidan y viven todos los matices del infinito: desde el matiz sombrío de la desesperación hasta el luminoso de la aurora y del amor; y en los tuyos, azules, Lilí, del color del cielo después de la lluvia, tu alma se asoma á contemplar la vida, y allí permanece arrobada, como en éxtasis...

Las muñecas en su inocencia, no tienen corazón, ¿para qué lo quieren...? Y vosotras lo tenéis muy chiquito, muy escondido, allá, dentro del pecho, donde alienta rodeado de peligros, de dardos y de clemencias.

Las muñecas son castas, muy castas, como faja de luna; y vosotras, Lulú y Lilí, también sois castas, pero fatalmente bellas, ¿me entendeis, eh? como fatalmente es blanca la nieve. Además...

No queda espacio. Al año que viene, cuando vuestras faldas os besen ya el tobillo, os diré en esta poética hoja del *Bazar* otras muchas cosas interesantes y hasta complicadas... Este año aún no podeis saberlas, aunque ¡ay! vuestra divina malicia las adivine.

Enrique Marti.

¡Bazar Murciano!

¡Bazar Murciano! ¡Bazar precioso de mis ensueños!
¡Regio palacio encantado,
rico lo mismo que aquellos alcázares escondidos
de que nos hablan los cuentos de hadas, y de princesas tristes, y de cancioneros errantes, y de atrevidos galanes fuertes y bellos!
¡Lujoso Bazar Murciano!
á tus umbrales me acerco y me arrodillo lo mismo que ante la puerta de un templo.
Ante la luz milagrosa de tus puertas me detengo con la cabeza inclinada y los labios en silencio, recreándome en la dulce contemplación de un recuerdo.
¡Bazar Murciano lujoso, Bazar espléndido y bello!
Ayer cruzó tus umbrales de luz la mujer-misterio por quien sufro y por quien gozo, por quien vivo y por quien muero.
Ha estado dentro de tí, se ha mirado en tus espejos, y tus esencias riquísimas han perfumado su cuerpo.
La he visto ahí; me ha mirado unos instantes. Yo creo que ha sonreído. Después mis ojos quedaron ciegos bajo la luz deslumbrante de su mirada de incendio.
Por eso, Bazar Murciano, sagrado de mi secreto, castillo de mi princesa, alcázar de mis ensueños, ante tus puertas me postro con los labios en silencio, y con la frente inclinada voy evocando el recuerdo de una princesita linda, de cuerpo grácil, esbelto y gentil, por la que estoy en redes de amores, preso.
Bazar Murciano; si acaso vuelven á llegar de nuevo hasta tus muros, sus blancos pies ágiles y pequeños, piensa que, si tus esencias van á perfumar su cuerpo, en cambio tú te perfumas con la esencia de su aliento.
Su corazón es como una brasa, y mi amor es incienso.

Enrique Soriano.

24-8-913

AÑORANZAS

Á BLÁZQUEZ

Juntos entre objetos mil que en tus *Bazares* se ven, ví una huertana y un tren, un tren de ferrocarril; y aunque alguno de incivil me tache duro y cruel, á mis convicciones fiel, en que no hace el tiempo mella, la he visto extasiado á ella y con displicencia á él.

Ella viste el rico traje de aquellas ricas huertanas semejantes á sultanas á que hizo Amor homenaje; y acaso teme el ultraje de que él despida tal vez denso y negro cual la pez por la negra chimenea

humo impregnado de brea que le deslustre la tez.

Su tez es un terciopelo que el sol murciano arrebola: sus labios, roja amapola; sus negros ojos, un cielo; la madeja de su pelo, que un mar undoso retrata, en lazo alto y rizo: ata, y por gala lo sujeta y su tocado completa terciada peina de plata.

Del busto de gracias lleno delator, y al par aliño, ciñe el *armador* corpiño breve el talle y ancho el seno; surge su brazo moreno de entre encajes abundantes, y el zagalejo en flotantes pliegues, de oro recamado, baja hasta el chapín bordado con lentajuelas brillantes.

Un día, tras ruda brega, y con el chillido ingrato de su estridente silbato, un tren se anunció en la vega; y cuando jadeante y ciega la negra serpiente avanzó, con pena el artista vió que la huertana sencilla como asustada avecilla de su barraca se huyó.

Y con ella zahareñas la inocencia, la fé pia que la barraca cubria bajo cristianas enseñanzas; y no turban malagueñas la paz de las altas noches, ni el mozo en finos derroches de amor que ruega ó que manda, marca el aire á la parranda con sus argentinis brochés.

No ya su vestir galano, no ya su yantar sencillo, no ya su odio al ventorrillo, no ya su fervor cristiano, ni ya la robusta mano que, en ruda puja bizarra, lanzó zumbando la barra cual-rápida exhalación, pulsa con tierna pasión las cuerdas de la guitarra.

Por eso, sólo por eso: porque por mi Huerta hermosa como un raseró de prosa pasó el carro del Progreso, aunque sus triunfos confieso no tomo en cantarlos parte, si tremola su estandarte uniformando regiones sobre augustas tradiciones, contra los fueros del Arte.

Por eso ante la mudanza del bien perdido que advierto, amargas estrofas vierto en canto de remembranza: por eso, sin la esperanza de volver al tiempo aquel, al hallar en tu anaquel juntos al tren y á la bella la miro extasiado á ella y con displicencia á él.

R. Sánchez Madrigal.

El Bazar del Matrimonio

Es el Bazar Murciano una tienda que incita á dejar de ser célibe y á pedirle la mano á la mujer primera que pase, si es bonita... para hacer matrimonios se hizo el Bazar Murciano.

Allí está todo cuanto exige el nido humano, ese nido de amores, que parece una ermita en que dos almas juntas por el nudo gordiano viven como en la gruta vive la estalactita.

Las mujeres murcianas son por eso devotas al Bazar, porque saben las tremendas derrotas que han sufrido los célibes que se han metido en él.

¿Qué sosterón no piensa al vez cada vitrina en la alcoba risueña de una mujer divina y en el largo viaje de una luna de miel?

P. Jara Carrillo.

Teología Humorística

DE «EL BAZAR MURCIANO»

Quando me pongo á escribir para este periódico, pienso siempre qué tema he de elegir de los tres que espontáneamente se me ofrecen y que son como una trinidad,

con misterio y todo, tres personalidades distintas y una sola esencia verdadera.

Ricardo Blázquez es el Padre; El Bazar Murciano (Establecimiento) es el Hijo; y El Bazar Murciano (periódico) es el Espíritu Santo, porque procede del Padre y del Hijo.

No se puede hablar del primero, sin referirse al segundo y al tercero; ni de ninguno de éstos, sin referirse á los otros. De tal modo lo están compenetrados y consustancializados.

Ellos han existido siempre, en acto ó en potencia; pero el primero que se nos manifestó en el tiempo, fué el Padre, creando en seis días, indefinidos, el Bazar Murciano, ordenando en él todas las cosas, poniéndoles sitio adecuado, dándoles la luz que debían tener y trazándoles sus órbitas respectivas. Le pobló de todas clases de seres, así de los que vuelan por los aires, como de los que nadan en el mar y de los que corren por las selvas; diciéndoles como imperativo categórico: «Creced y multiplicaos». Y, en efecto, crecieron y se multiplicaron, especialmente las criaturas humanas, que hay en él una de niñas-muñecas-que cantan con la eterna sonrisa de sus labios la gloria de su creador.

Y este es el Hijo, *El Bazar Murciano*, establecimiento, fruto de bendición de Ricardo Blázquez en su matrimonio con la suerte, con la laboriosidad y con la honradez:

Viéndolo crecer y prosperar, con tantos atractivos y con tantas simpatías, tan estimable y tan estimado, bien ha podido decir con orgullo su padre: «Este es mi hijo querido, en quien tengo todas mis complacencias.»

Y se amaron el Padre y el Hijo con un amor casto y hondo; y quisieron tener una voz que pregonara por el mundo sus nombres y sus íntimas satisfacciones, y levantaron sobre el ara una hoja de papel impreso, que fué un periódico, que recibió, el nombre de EL BAZAR MURCIANO (alias Ricardo Blázquez). ¡Trinidad comercial, santa y augusta, en la que las personas, son distintas é inseparables y una y única su esencia!

De modo que cuando digo Ricardo Blázquez, digo establecimiento y digo periódico; y cuando digo establecimiento digo Padre y digo Espíritu Santo, y cuando digo periódico, también lo digo todo. Así es que Ricardo lo es todo y todo es Ricardo.

Si á todas las innumerables preciosidades y maravillas que hay en El Bazar Murciano pudiera preguntárseles: ¿Quiénes sois? ¿De dónde venis? ¿A dónde vais? — contestarían ellas: «Nosotras no somos nadie, venimos de la Nada y vamos á cumplir nuestro fin altísimo dando gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo del Bazar Murciano»

José Martínez Tornel.

UN RECUERDO

Repasando la colección de EL BAZAR MURCIANO, una ráfaga de tristeza cruzó por mi mente. Es el recuerdo de los escritores murcianos que han pagado prematuramente el tributo á la muerte.

El último que ha bajado al sepulcro en plena juventud, rodeado todavía de los más grandes amores, el de padre, el de esposo, el de hijo, bien merece que en este número, confeccionado por plumas amigas, se le dedique un tierno recuerdo. ¡Pobre Tolosa!

Desde que nació este periódico especial, tan murciano, tuvo en Tolosa un colaborador entusiasta. Hasta en la materialidad de su confección ponía el trabajo ingrato de la corrección de pruebas. Todo en obsequio á EL BAZAR y en obsequio asimismo á los escritores, ilustres muchos de ellos, que siempre colaboraron y colaboran en esta regocijada publicación.

Sirvan estas líneas de homenaje debido á aquel malogrado escritor murciano, tan bueno para los suyos, y tan amigo de sus amigos.

También, los asiduos lectores de EL BAZAR, notarán este año la falta de una firma, de las predilectas por mí, la de un escritor tan castamente murciano como Frutos Baeza, á quien admiro, y cuya pluma vela todavía la amargura de un luto hondo y reciente.

¡Así es la vida! Para los muertos, mi oración y mi recuerdo impercedero. Para los que, como yo, sufren íntimos duelos, mi respeto y mi cariño.

Ricardo.

En el Bazar Murciano

Un bazar bien surtido es un excelente lugar de observación. No ya refleja el estado industrial de un pueblo, el gusto de una época, las costumbres de una sociedad; es también un indicador para deducir tendencias individuales y colectivas, un barómetro para medir presiones psicológicas.

Pienso todo esto cuando, en la sucursal que el Bazar Murciano tiene en Cartagena, mi amigo Ricardo Blázquez me pide dos cuartillas para su periódico anual.

Hay en el elegante establecimiento encantadoras niñas, bellas damas y graves señores. Se habla, se ríe, se celebra el gusto y el arte de los objetos... Pero lo más interesante de lo que allí puede observarse, tiene el valor de las pequeñas cosas que se agrandan con la meditación.

Dos niños, abstraídos, solos con sus sentimientos y sus ténues ideas de las cosas, proporcionan dos notas de extraordinaria importancia, dos datos de psicología, en los cuales pueden determinarse influencias del pasado e impulsos para el porvenir.

Uno de estos niños está en la sección de juguetes militares. Hay allí corazas y cascos guerreros, lanzas y espadas, castillos y barcos artillados... Toca con sus manos acariciadoras los dorados cañones, mueve las hélices de los acorazados. Forma en línea de batalla los pequeños soldados, coloca las diminutas condecoraciones sobre los pechos de los oficiales, y en un momento de excitación patriótica ha puesto el rayo de sus pupilas azules sobre una bandera de la Patria, á la cual ha dado un beso. Este niño lleva en su alma las vibraciones de una raza de luchadores. Su pensamiento no tiene aún expresión definitiva, pero va empujado por cien leyendas heroicas y como un eco de bellas y lejanas músicas, él escucha confusamente los cantos épicos de aquellos poetas que inmortalizaron nuestras epopeyas.

En lugar distinto de este centro de observaciones interesantes, hay otro niño dedicado á la contemplación de juguetes industriales, de motores eléctricos y de vapor, de ferrocarriles y de aeroplanos, de tornos mecánicos y de instrumentos agrícolas... Sigue con la imaginación los engranajes y las transmisiones de todas estas máquinas de sus amores infantiles, las vé moverse en el fondo de su pensamiento y las agranda como poderosas palancas de la riqueza nacional. También tiene él su exaltación patriótica, en la cual España es grande por el esfuerzo del trabajo. Sus conceptos no tienen aún formas definidas; pero experimenta las influencias de una aspiración de su raza y ha sentido en su alma una ténue y confusa corriente de promesas y esperanzas que se dirigen al porvenir.

Estos dos niños parecen dos símbolos y pueden representar las dos tendencias que sigue en estos momentos la sociedad española.

Quién podrá relacionar estas dos aspiraciones en el centro del alma nacional?

Si el milagro llega á realizarse, será obra de las enseñanzas, de la realidad, maestra y consejera de aquellos pueblos que dividieron su acción colectiva.

E. Martínez Muñoz.

Cartagena-28.

LO POSITIVO

Era una noche sin nubes, tibia, callada, serena, una de esas noches claras de indefinible belleza...

Yo me miraba en los ojos de mi dulce bien; la esencia hurtaba en sus frescos labios, del color de las cerezas

Tornamos al horizonte nuestros ojos... Ancha, llena, se remontaba la luna cual roja pupila inmensa. Yo, entonces, volviendo el rostro y mostrando con la diestra su disco, dije á mi amada: —Tú no sabes cuánto diera por escribir nuestros nombres sobre esa luna serena,

y haciéndola para siempre de nuestro amor digno emblema, pasearlo por el cielo entre los soles y estrellas...

Mirándome de hito en hito quedó la niña suspensa; por su frente alabastrina vi atravesar una idea, un pensamiento callado lleno de amor y promesas; algún deseo inefable que á determinar no acierta...; un ansia de amor purísimo... —¿Qué es lo que tu alma anhela?

¡Habla!—dijele cogiendo sus manos como azucenas.

—Leyendo estoy en tus ojos la pasión que me profesas.

Un ensueño te seduce y una ilusión te enagena. Abre de tu boca el broche, que guarda menudas perlas; quiero escuchar el acento encantador de sirena de tu dulce voz arpada que ensimismado me deja.

Tus palabras adivino antes de brotar tan llenas de amor desinteresado... ¡Habla, bien mío!... La bella hace entonces hociquitos, sonrre con picaresca gracia femenina y dice...: Calla ya; no seas pelma y vete al BAZAR MURCIANO y cómprame una pulsera!

Manuel Lassa y Nuño.

Madrid

Blázquez, todopoderoso

Sobre las olas del mar, sobre las ondas del río está Blázquez—que es un tío— con su «Murciano Bazar.»

Nada abate su grandeza y nada su empeño abate: él vence en todo combate donde mete la cabeza.

Sus omnipotentes manos hacen que vuelen las aves, que crucen el mar las naves y asciendan los aeroplanos.

Como formidable atleta coge un monte y un palacio y los mueve en el espacio por menos de una peseta.

Sin romperse el esternón ni lastimarse el bautismo ¡puede saltar un abismo... un abismo de cartón!

Tiene genio mercantil, no conoce los apuros y tiene ochenta mil duros; sí, señor, ochenta mil.

Y á tanto alcanza su acción, que con gesto soberano lanza en «El Bazar Murciano» torrentes de inspiración.

Jesús Carrillo del Valle.

Cartagena.

EN LA REALIDAD

Que se ría ó que tiemble Romanones, que Maura lance de amenaza el grito, que escuche don Melquiades ovaciones, al Murciano Bazar le importa un pito.

Sabe que la política es un juego que forman la ignorancia y la malicia y hace estallar de la pasión el fuego mientras la triste patria se desquicia.

Sabe también que al vividor encumbra aunque sea un zoquete, si es osado, y envuelve entre la niebla ó la penumbra al que es hombre de bien, si vive aislado.

El Murciano Bazar ama el progreso, y en su altivez desprecia esa patraña, llevando siempre en su conducta impreso ardiente amor hacia la noble España.

En el inmenso círculo en que gira, siente por el comercio afán profundo, y en su bello local, que el pueblo admira, compendia y muestra lo mejor del mundo.

Su constante labor es himno santo al trabajo que al hombre regenera, llevando en sus grandezas el encanto del que lleno de ardor el bien espera.

Vive en la realidad: odia la farsa sin demostrar jamás rencor ni encono: detesta al vividor y al que es comparsa, y aspira á ser el centro del buen tono.

Si tan nobles acciones imitaran los que pierden el tiempo en tonterías, es seguro que pronto se contarán para el pobre país mejores días.

Sigamos, pues, tan importante ejemplo que es modelo palpable de enseñanza: alcemos todos al trabajo un templo, y odiamos al que vive de la panza.

Andrés Blanco y García.

UN CONSEJO

Ricardo Blázquez me pide unas cuartillas para su Bazar; y yo, que alejado de escrituras de esta clase apenas si me acuerdo de que fui periodista, me veo en un compromiso difícil de salvar.

Para salir del paso se me ocurre una solución: en vez de las cuartillas pedidas enviaré un consejo. No á Ricardo, hombre de gran mundología, que no lo necesita; ni menos al Bazar, redactado por plumas expertas que saben escribir solas.

El consejo es para los papás de los niños murcianos, lectores anuales de este periódico, el que más circula en la región. (Este reclamo no tiene nada de ditirámico).

Y el consejo es decirles á esos padres: «Dejad que vuestros niños se acerquen... al BAZAR MURCIANO.»

En sus e-caparates pletóricos de juguetes caprichosos y esplendidos de luz, hallarán sin duda, la muñeca soñada ó el capricho deseado y en sus labios palpitarán sonrisas de venturosa a'egria infantil.

¿Y sabéis vosotros lo que vale una de esas sonrisas?

Pues vale un mundo, aunque sea tan ruin como este que padecemos.

Ramón Pontones.

PARA ELLAS

Rosa amaba á Serafin, profesor de violín al amor poco entregado, y, al parecer, destinado á soltería sin fin.

En la noche de San Juan Rosa, en su amoroso afán, derramó un huevo del día en un vaso de agua fría, pidiendo al Santo un galán.

Y, sin saber como fué, por desconocido modo, surgió un músico *unrasé*, con chalina, con chaqué, con su violín y todo.

Serafin halló la cosa tálmente maravillosa, al sino lo atribuyó, pidió la mano de Rosa y con Rosa se casó.

Alguien persiguió el arcano y, encontrando un día á mano el agua con el juguete, leyó en él este membrete: «R. B.» «Bazar Murciano.»

Y aún hay quien llega á afirmar que la víspera del día del milagro singular, vió á Rosa en la Platería con dirección al «Bazar».

Don Ricardo... hay que saber donde llega su poder vendiendo sus creaciones y lo que pueden hacer sus diabólicas lecciones.

Rosa consiguió su fin y en el vaso del jardín de su amor, entre jazmines, brotan tantos serafines como quiere Serafin.

Que, tocando en red graciosa unos cuerdas, otros metal y otros madera, ya es cosa de oír en honor de Rosa esta orquesta celestial.

Y nadie diga que invento, pues no me gusta el comentario y acostumbro á hablar de veras. Mis jóvenes casaderas: la que guste aplique el cuento.

Antonio Osete.

Madrid, 1913.

Altruismo del Bazar

SONETO

De cultura y progreso en su deseo, cuanto al alma y al cuerpo les conviene, Blázquez, en su Bazar, empeño tiene que luzca como en mágico museo.

Para el niño y adulto objetos veo en que educación y arte se contiene, lo necesario á la salud é higiene; útiles de instrucción y de recreo.

Desarrolla un buen plan educativo con levantado espíritu cristiano, y logra un beneficio positivo.

Su lema es: *mens sana in corpore sano*; y, con aplauso, llena su objetivo entre sus clientes el BAZAR MURCIANO.

José Antonio Arnaldo.

Molina.

«A la dicha de las damas...»

Los grandes escritores son los grandes profetas. Para el genio no tiene secretos el porvenir: su clarividencia es indudable. Ya en el siglo XVII, presintiendo el telégrafo eléctrico, decía Lope de Vega:

«Con la rapidez del rayo las noticias han venido; ¡quién sabe si andando el tiempo vendrán con el rayo mismo...!»

Como se vé, el creador de nuestro glorioso Teatro adivinó el maravilloso invento del siglo XIX.

Fernández y González, que también era un escritor genial (á ratos), solía decir: «Yo presiento lo que no sé.» Y así era efectivamente. Describía de modo admirable tipos y costumbres de los cuales no tenía la menor noticia.

El insigne Emilio Zola, en la más grande y trascendental de sus novelas, *Germinal*, nos dió á conocer por anticipado y con una verdad asombrosa, las grandes, las formidables luchas que ahora presenciamos entre el capital y el trabajo.

Cuando se publicó *Germinal* apenas si existía alguna que otra sociedad cooperativa de consumo ó de socorros mutuos, y algún publicista ideólogo soñaba con el impracticable *falansterio* de Fousier. Aquella temible huelga de mineros que describe en la citada novela, es exactamente lo mismo que las que ahora surgen todos los días y aquella poderosa organización obrera es la que existe en la actualidad.

Otra novela de Zola, no de las más populares entre las suyas y cuyo título encabeza estas líneas, es también una obra profética; y no es muy popular, como digo, porque el vulgo, que es casi todo el mundo, estima que el asunto de dicha producción es árido. A mí me parece todo lo contrario.

En «A la dicha de las damas, dentro de una fábula por extremo interesante, se describe un gran bazar, y se demuestra palmariamente la necesidad de esos grandes establecimientos donde el público encuentra todo lo que se necesita para las atenciones de la vida material y hasta para el recreo del espíritu. La lucha entre los grandes almacenes y el pequeño comercio está pintada de mano maestra, y con argumentos irrefutables prueba el ilustre escritor que, si aquellos vencieron á éste, no fué por un capricho de la suerte, sino porque estaban asistidos de la razón y tenían de su parte la ley del progreso, que tiende, principalmente, al bienestar de la multitud, procurando la mayor facilidad para llenar las necesidades de la vida.

Al pedirme mi excelente amigo Ricardo Blázquez unas líneas para su popular periódico EL BAZAR MURCIANO, órgano de su gran establecimiento del mismo título, no se me ha ocurrido cosa mejor, para recomendar y exaltar el comercio en grande escala, que recurrir al testimonio del gran novelista Zola, para llegar á la conclusión de que el Bazar Murciano cumple á maravilla la elevada misión del comercio moderno.

Francisco Flores García.

Madrid—1913.